

Gramática y discurso

Carmen Curcó*

RESUMEN

Este trabajo responde a la convocatoria al coloquio “Discurso y Gramaticidad”, donde se asienta que la oposición entre los significados codificados y los que aportan los hablantes parece sustentar tanto la autonomía como la insuficiencia de la lengua, rasgo que se asume —al menos inicialmente— como contradictorio, y que se plantea —además— como una posible causa para la dificultad de formular teorías sobre las relaciones entre las propiedades de las oraciones y las de los enunciados. Al respecto, planteo aquí una postura optimista, defendiendo la posibilidad de construir tales teorías. Lo hago mediante un recorrido veloz por los desarrollos recientes en la teoría pragmática que —sugiero— indican que la autonomía y la insuficiencia de la lengua no son rasgos contradictorios, sino complementarios, a la par que exploro algunas aristas de la relación entre *gramática* y *discurso*.

Palabras clave: *discurso; gramática; pragmática; subdeterminación lingüística*.

ABSTRACT

This work responds to the call for papers for the colloquium “Discourse and Grammaticality”, where it is claimed that the opposition between coded *meaning* and *speaker's* meaning supports both the autonomy and the underdeterminacy of language. This is seen —at least apparently— as a contradictory fact, and also as a potential obstacle for the possibility of developing theories that account for the relationship between the properties of sentences and those of utterances. Here I assume an optimistic stance, surveying recent developments in pragmatics which, I suggest, indicate that the autonomy of syntax and the underdeterminacy of language in verbal communication are not contradictory but complementary traits. I also explore some aspects of the relations between grammar and discourse.

Key words: *discourse; grammar; pragmatics; linguistic underdeterminacy*.

* Doctora en lingüística. University College London, Universidad de Londres. Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras, Departamento de Lingüística Aplicada. Temas de especialización: semántica; pragmática; teoría de la pertinencia. Teléfono: 5622-0676. Fax: 5550-3008. Correo electrónico: <carmenc@servidor.unam.mx>.

INTRODUCCIÓN

El estudio de la relación entre el sistema lingüístico y las formas en las que éste se pone en marcha en la actividad discursiva ha sido terreno fértil para la polémica y el escepticismo. La posibilidad de producir gramáticas es —en general— poco cuestionada, aunque distemos mucho de convenir en torno al mejor paradigma para hacerlo. En cambio, a lo largo de la historia del estudio del lenguaje, sus practicantes se han sentido mucho menos seguros acerca de la factibilidad de producir teorías coherentes y refutables que expliquen su uso. El discurso —se piensa— es un objeto de estudio complejo y oscuro en el que —de maneras no necesariamente sistemáticas— converge tal cantidad de factores, que la pretensión de encontrar una teoría capaz de explicarlo se perfila como empresa descabellada, semejante a la búsqueda de una teoría sobre la vida o el universo.

El estudio del significado —en especial— plantea muchas disyuntivas ontológicas, epistemológicas y metodológicas. Entre otras, no sabemos cuántos niveles de significado es necesario postular (véase, por ejemplo, Grice, 1975; Sperber y Wilson, 1986; Sperber y Wilson, 1998; Atlas, 1989; Atlas, 2005; Recanati, 1989; Bach, 1994; Levinson, 2000; Carston, 2002; Carston, 2004, entre muchos otros). Tampoco entendemos todavía las formas intrincadas en las que el uso influye en la forma de la lengua y viceversa (Lakoff y Johnson, 1999; Newmeyer 2003; Traugott, 2004). Tampoco hemos podido esclarecer si —y en qué medida— las estructuras gramaticales se hallan determinadas por el significado (Palmer, 1995, *inter alia*).

En ocasiones, la índole de la relación entre *gramática* y *discurso* se ha concebido también como una de las causas que dificultan el estudio científico de la lengua en uso. Se trata de preocupaciones recurrentes que se ilustran, por ejemplo, en la convocatoria al coloquio que dio lugar a los trabajos recogidos en este volumen:

La oposición entre los significados codificados y los que aportan los hablantes parece sustentar tanto la autonomía como la insuficiencia de la lengua; pero la autonomía y la insuficiencia de la lengua se presentan, al menos inicialmente, como contradictorias. Quizá por ello sea difícil, aún hoy, formular teorías sobre las relaciones entre las propiedades de

las oraciones y de los enunciados (Convocatoria al coloquio “Discurso y Gramaticalidad”, Instituto de Investigaciones Sociales, mayo, 2005).

Tomando como punto de partida lo anterior, en esta contribución adopto una posición optimista en relación con la posibilidad de formular teorías sobre las relaciones entre las propiedades de las oraciones y los enunciados. Lo hago mediante un recorrido veloz por los desarrollos recientes en la teoría pragmática que —sugiero— indican que la autonomía y la insuficiencia de la lengua no son rasgos contradictorios, sino complementarios, y exploro algunas aristas de la relación entre *gramática* y *discurso*.

I. LENGUAJE: GRAMÁTICA Y DISCURSO

Aunque en realidad sabemos todavía muy poco sobre la naturaleza del lenguaje, el avance de nuestra comprensión de las lenguas humanas en los últimos 50 años ha sido espectacular.

El año de 1957 es punto de inflexión en este ámbito, en especial en la historia de nuestro conocimiento sobre el lenguaje y la comunicación humana. La publicación de *Estructuras sintácticas* de Chomsky en ese momento puso en escena planteamientos fundamentales que han marcado desde entonces nuestra manera de concebir el lenguaje y de abordar su estudio. Desde su pluma misma, las ideas originales han evolucionado hasta generar otras que en ocasiones se les oponen directamente. Más allá de ello —incluso si se trata de una perspectiva errada o de si hay en ella planteamientos concretos que resulten falsos—, la lingüística moderna no puede comprenderse sin su influencia. Aunque una u otra versión de la autonomía de la lengua se ha sostenido desde el estructuralismo, la influencia de Chomsky le ha otorgado un lugar preponderante. En una coincidencia temporal notable, también en 1957 aparece el artículo “Meaning” de Grice, al que siguió años más tarde “Logic and Conversation” (1975).¹

¹ No es más que una anécdota, pero 1957 es también el año cuando Sir John Lyons fue contratado por primera vez por una universidad (Palmer, 1995).

Es imposible entender la dimensión de los aportes de Grice sin recordar que (durante más de 2000 años) el estudio de la comunicación tuvo como centro gravitatorio la noción de *código*. El modelo construido alrededor de este concepto asienta que para que la comunicación tenga lugar debe haber un emisor, un receptor, un código compartido, un mensaje y un canal de transmisión. Se asume que en tal escenario y con estos elementos, los interlocutores se dan a la tarea de codificar y decodificar mensajes; lograrán la transmisión exitosa de contenidos siempre que las condiciones sean adecuadas, es decir: siempre que haya un código compartido, un canal sin obstrucciones, . . .

Grice, en primer lugar, distinguió entre *significado natural*: el humo significa fuego, por ejemplo; y *significado no natural*: el que se comunica de manera intencional.² En segundo lugar, al abordar la (im)posibilidad de trazar paralelos entre ciertos operadores lógicos, por ejemplo: \neg , \wedge , \vee , \rightarrow , $(\forall x)$, $(\exists x)$ y sus contrapartes en las lenguas naturales (*no*, *y*, *o*, *si*, *entonces*; *todos*, *algunos* o *al menos uno*) —uno de los problemas clásicos en la filosofía del lenguaje—, Grice se deslindó de la postura predominante en ese entonces, según la cual los elementos léxicos de las lenguas naturales tendrían un significado diferente del de sus contrapartes formales. En contraste, Grice insistió en que el significado codificado en estos pares de unidades es idéntico; asimismo, propuso que las diferencias que percibimos en sus significados no son semánticas: surgen en el discurso a partir de principios identificables que regulan la práctica conversacional ordinaria.

Además de devolver cierta calma a los cuarteles de los estudiosos del significado, Grice identificó la existencia de una categoría de inferencia específica: la implicatura conversacional, circunscrita al dominio de la interacción verbal, y la señaló con precisión como nuevo objeto de estudio. No sólo eso, sino que planteó un programa de investigación consistente en descubrir los principios que la regulan, y esbozó una ruta para desarrollarlo. También hizo hincapié en que la realización de inferencias conversacionales es un proceso racional, fundamentado en la capacidad humana de atribuir intenciones a los interlocutores. Así

² Wharton (2001) estudia dicha dicotomía en detalle para mostrar que —en contra de lo que se asume regularmente— no es exhaustiva.

—más que aspirar a ubicarlo como parte de una teoría lingüística o semiótica—, Grice colocó el estudio de la comunicación humana en el ámbito de las teorías sobre la racionalidad; y la interpretación del discurso, dentro de una teoría más general sobre la interpretación de las acciones humanas.

Desde que Grice desarrolló las ideas de *significado natural* y *significado no natural* y sentó las bases para estudiar una lógica específica de la conversación, es imposible concebir los enunciados como codificaciones plenas de los pensamientos que los hablantes desean comunicar; igualmente imposible resulta eludir las consecuencias teóricas y metodológicas que se desprenden de dicha afirmación. Entre ellas, destaca la de la insuficiencia del código lingüístico para la comunicación.

Con la obra de Grice ocurre algo similar a lo que sucede con la de Chomsky: los detalles y elaboraciones de sus planteamientos —atinados o no— es casi lo que menos importa. Lo fundamental radica en que desde entonces sabemos que los enunciados no son más que índices ricos y complejos, a partir de los cuales un escucha puede inferir el significado transmitido por el hablante. Entendemos de manera más profunda que la relación entre significados codificados y significados transmitidos no puede ser biunívoca y —lo más importante— comprendemos mejor por qué.

Antes de los trabajos seminales de Grice, no sólo no se había hecho el hincapié adecuado a la necesidad de distinguir entre el código empleado en la comunicación verbal y la inferencia efectuada en la conversación, sino que no se había tomado con tanta convicción la posibilidad de sistematizarla rigurosamente. Grice puso en foco el hecho de que la esencia de la interpretación no es descodificar el mensaje emitido, sino descubrir cuáles son las intenciones del emisor que lo han llevado a producir una conducta verbal dada. No basta entonces con entender el funcionamiento del sistema lingüístico en cuestión: el código. Para entender la comunicación humana, hemos de saber también qué mecanismos se hallan detrás de nuestra capacidad de reconocer y atribuir intenciones y estados mentales a nuestros congéneres a partir de sus conductas observables; asimismo, cómo esos dos subsistemas de la cognición se articulan en la interacción discursiva.

En la actualidad, prácticamente nadie que estudie la comunicación humana desde el enfoque de la pragmática contemporánea pasa por alto el hecho de que el contenido lingüístico de las frases y oraciones de las lenguas humanas no determina plenamente la interpretación que reciben una vez que han sido enunciadas. El significado codificado lingüísticamente no agota el significado comunicado, ni siquiera en los casos más extremos de semejanza entre ambos. No es una exageración afirmar que esta observación (conocida como *la tesis de la subdeterminación lingüística*) es el punto de partida —explícito o no— de toda teoría pragmática moderna. Grice inició un programa de investigación tendiente a explicar cómo —a partir de lo enunciado por un hablante— un interlocutor deriva lo que aquél ha pretendido implicar, pero no ha dicho en el nivel explícito. Es decir, el estudio de la subdeterminación lingüística en su manifestación más patente: la desigualdad entre lo dicho y lo implicado por el hablante; o bien la discrepancia entre significados codificados y significados aportados por los hablantes.³

Tal dimensión de la subdeterminación lingüística (ilustrada en el apartado A que viene a continuación) ha sido objeto de estudio desde diversas perspectivas durante un tiempo ya considerable (véase Ducrot, 1972; Grice, 1989a; Bach, 1994; Sperber y Wilson, 1995; Levinson, 2000; Carston, 2002; Recanati, 1989; 1993; 2002a; 2002b; 2003; 2004, entre otros). En (1a) encontramos un caso de ironía; en (1b), uno de referencia y aserción indirecta. En ambos casos, el centro de la interpretación radica en lo que se comunica de manera implícita.⁴

A. La subdeterminación lingüística en el nivel implícito

- (1) a. Fox: Los mexicanos en Estados Unidos realizan trabajos que ni los negros quieren hacer.

Juan: Una declaración muy prudente.

³ Grice hizo una distinción entre *lo dicho* y *lo implicado*. *Lo dicho*, para Grice, es la proposición expresada por el enunciado; mientras que los significados aportados por los hablantes configuran la dimensión de *lo implicado* conversacionalmente.

⁴ En (1a) Juan implica —entre otros mensajes— que la declaración de Fox no es prudente, y en (2b) se hace una alusión crítica a un personaje de la vida pública sin mencionarlo. En ambos casos, se trata de ejemplos en los que la proposición expresada por el enunciado varía perceptiblemente de lo que éste comunica en el nivel implícito.

- b. Nunca un psicólogo industrial será exitoso si se le pone a cargo de las políticas públicas. [Escuchado en la ceremonia de entrega de los premios de la Academia Mexicana de Ciencias, mayo, 2005.]

No obstante, en los últimos años se ha prestado atención al hecho de que la subdeterminación lingüística tiene alcances e implicaciones mucho mayores de lo que se pensó originalmente, y rebasa el ámbito de la comunicación implícita, objeto de estudio abordado originalmente por Grice. La subdeterminación lingüística también afecta la determinación de la proposición expresada por un enunciado; incluso —sostienen algunos— se refleja en el significado léxico (Carston, 2002).

II. LA INSUFICIENCIA DE LA GRAMÁTICA: EL ALCANCE DE LA TESIS DE LA SUBDETERMINACIÓN LINGÜÍSTICA

No pudo haber escapado a la atención de Grice el hecho de que —por sí solo— el significado codificado no da lugar a una forma proposicional; empero, seguramente consideró que la naturaleza de los mecanismos de inferencia involucrados en las tareas de resolución de ambigüedades y asignación de referentes para los elementos indéxicos es diferente de la de los que operan en la derivación del contenido implícito. Por ello no los incluyó dentro del ámbito de operación del Principio de Cooperación.⁵

Además de la indeterminación de los referentes indéxicos que deben ser fijados durante la interpretación y de la necesidad de eliminar las ambigüedades —procesos ilustrados en (2)—, en el nivel de la oración hay una fuente más de discrepancia entre los significados codificados y los aportados por los hablantes, que ha sido estudiada sólo de manera más reciente por autores como Stanley (2000; 2002), Carston (2002) y Recanati (2002b). Se trata de la inserción de constituyentes no articulados fonológicamente, necesaria para obtener una forma proposicional. Esta implantación de material adicional se ejemplifica en (3).

⁵ Otros autores (Sperber y Wilson, 1986; Sperber y Wilson, 1998; Carston, 2002) han intentado estructurar un marco teórico y analítico en el cual un único principio pragmático es responsable de toda inferencia efectuada en la interpretación del discurso.

A. La subdeterminación lingüística en el nivel explícito

- (2) a. Está *agotado* (extremadamente cansado/gastado del todo/inexistente).
- b. *Ayer ella* me dijo que *él* trabajó *aquí*.
- (3) a. El paracetamol es mejor [¿que qué?].
- b. Ya desayuné [esta mañana].
- c. Ya estuve en una situación así [alguna vez en mi vida].
- d. Los pingüinos tienen aletas [cada uno las suyas propias] y viven en el Polo Sur [el mismo para todos].
- e. María se va [¿de dónde?].
- f. Hace frío [¿dónde?] [¿para qué?].
- g. Está lloviendo [¿dónde?].
- h. Es demasiado temprano [¿para qué?].

Los ejemplos anteriores ilustran cómo las formas semánticas derivadas de la sintaxis y el léxico (fuentes del significado codificado) casi siempre resultan incompletas y no dan lugar a proposiciones evaluables en términos de verdad. Para derivar la proposición expresada por el enunciado, es necesario añadir los constituyentes que aparecen en corchetes, sin los cuales los enunciados no adquieren un valor de verdad. Por ello, pertenecen al ámbito de lo explícito, pero no puede decirse —al menos no en principio— que sean parte del significado codificado.⁶

La atención a las operaciones de inferencia que intervienen en la inserción de constituyentes no articulados fonológicamente, ha generado un importante debate en relación con los procesos que las rigen, también a los niveles de significado que una teoría pragmática debería establecer (Stanley, 2000; 2002; Carston, 2002; Recanati, 2002a).

El debate consiste en establecer si durante la interpretación estos constituyentes se añaden mediante la operación de principios exclusivamente pragmáticos como el Principio Comunicativo de Relevancia (Carston, 2002). O si en contra de lo que sugieren las apariencias, la adición de tales constituyentes está determinada y guiada por la gramática misma (Stanley, 2002).

⁶ No puede pensarse que dichas adiciones sean implicaturas del enunciado, puesto que sin ellas sería imposible establecer sus condiciones de verdad. En otros casos la oración sería falsa o tautológica y, por ende, no informativa.

Quienes defienden la primera postura, llaman al proceso de adición de constituyentes enriquecimiento libre, donde libre quiere decir “no determinado lingüísticamente” (Carston, 2002: 206). Los adherentes de la segunda (Stanley, 2000), sostienen que en realidad estas oraciones contienen constituyentes lingüísticos escondidos o parámetros suprimidos, como por ejemplo un deíctico locativo en oraciones como “Está lloviendo” y “Hace frío”, que —al igual que en los casos de deixis abierta— exigen la asignación de un valor contextual. En palabras de Stanley, “Todos los efectos veritativocondicionales del contenido extra lingüístico pueden rastrearse a la forma lógica (de la oración enunciada)” (2000: 391). Es decir —según este autor—, siempre que un constituyente determinado contextualmente contribuye al contenido veritativo condicional de un enunciado, el requisito de incorporarlo está determinado lingüísticamente por un elemento deíctico, entendido en sentido amplio. Puede tratarse de un deíctico puro (yo), un pronombre, un demostrativo o (como en el caso de los constituyentes no articulados) una variable encubierta; es decir, un elemento deíctico que no tiene realización fonológica, pero que ocupa una posición estructural en la forma lógica.⁷

Más allá de los términos en los que se dirima esta cuestión, la problemática planteada refleja la complejidad de distinguir con nitidez el significado codificado del aportado por el escucha, y la naturaleza de los procesos que nos llevan a salvar el espacio que media entre ambos. Entre otros puntos, la postura de Stanley indica que el significado codificado en la gramática no se limita a lo que se registra en la realización fonológica del enunciado, y que la inferencia pragmática tampoco es una categoría homogénea. Una cosa es encontrar la explicación más plausible sobre las intenciones informativas y comunicativas del hablante a partir de su conducta verbal observable en un contexto no restringido; otra, seleccionar el valor de una variable deíctica dentro de un contexto limitado a unas cuantas posibilidades. Acaso los dos mecanismos fueran

⁷ En la propuesta de Stanley, la adición de los constituyentes estaría dictada por la gramática, y se completaría por procesos más cercanos a la asociación que a la inferencia propiamente dicha. En la de Carston, los procesos son inferenciales en un sentido más amplio. Recanati (1989; 1993) ha sostenido una postura intermedia, con distintos matices en el transcurso de los años (2002a; 2002b; 2004).

regulados por un principio único, o bien en el proceso que conduce a la recuperación de una forma proposicional para un enunciado, puede operar una combinación de principios pragmáticos.

Además de lo señalado hasta aquí, hay otras fuentes de discrepancia entre el significado codificado y el inferido (o aportado por el hablante), entre las que se encuentran el alcance no especificado de los cuantificadores y operadores lógicos y el sentido preciso de la conjunción, todos ellos ilustrados en (4).

- (4) a. A todas las chicas les gusta un muchacho.
- b. No vengas esta noche.
- c. María huyó y se casó.
- d. María se casó y huyó.
- e. Sacó su llave y abrió la puerta (con la misma llave, y no a patadas).
- f. Él se fue y ella lo insultó.
- g. Ella lo insultó y él se fue.

Como vemos, la disparidad entre el significado codificado y el significado aportado por el hablante no se circunscribe al ámbito de lo implícito, y está presente asimismo en el nivel explícito del significado de la oración, en el cual la subdeterminación proviene de fuentes diversas. Se trata de un hecho incuestionable del que cualquier teoría sobre el uso lingüístico también debe dar cuenta. El debate que se ha dado en los últimos años se centra en el peso relativo que debemos asignar a la gramática y al uso en el proceso mixto de derivación de significado que conduce a la reconstrucción de la proposición expresada por el enunciado, así como al tipo de procesos que participan en ellos: racionales y operativos en un nivel personal; o bien asociativos y de naturaleza subpersonal.

Hay una causa más de subdeterminación lingüística a la que quiero referirme y que se ubica en un nivel más básico que lo implícito y que lo oracional: el léxico. Ha recibido atención hace relativamente menos tiempo y se le ilustra en los ejemplos recogidos en (5), los cuales pretenden hacer ver que la subdeterminación lingüística también afecta las palabras.

B. La subdeterminación lingüística en el nivel léxico

- (5) a. Juan está *bien*.
 b. Las *aves* sobrevolaban las olas.
 c. Para que un hombre me interese, debe ser *soltero*.

En principio, el significado léxico debe remitirnos a un concepto, pero la antigua idea de que cada palabra codifica un concepto atómico está siendo abandonada a medida que se observa que —en la identificación del contenido explícito de un enunciado— los conceptos codificados lingüísticamente casi siempre tienen que ser ajustados durante la interpretación para dar lugar a una nueva representación conceptual construida en cada ocasión de uso del elemento léxico en cuestión.

Por ejemplo, en (5a) el adverbio *bien* codifica una condición general, que puede ir desde un estado aceptable o conveniente hasta uno de perfección. En cada caso de emisión, el concepto BIEN codificado por la forma léxica *bien* debe empobrecerse o restringirse para limitarse al concepto BIEN*, cuyo *denotata* es más limitado y específico (“Después de tantos golpes es inexplicable, pero Juan está bien”; “Te queda estupendo, no te imaginas qué bien te ves”; “No me encuentro bien”; “Esperaba más de ti, pero lo que has hecho está bien”, y otros).

En (5b), la denotación del concepto *ad hoc* AVES* que —de acuerdo con Carston, 2002— es construido durante la interpretación, también es más restringida que la del concepto AVES codificado léxicamente, el cual incluye gallinas, pingüinos, patos, avestruces, ñacurutúes, ñandúes, lechuzas, búhos, y otros. En esta ocasión de uso de la palabra *aves*, el concepto AVES da paso al concepto AVES*, que denota solamente gaviotas, pelícanos y otras aves marinas.

Finalmente, en (5c) el concepto SOLTERO al que remite la palabra *soltero* se ajusta para construir durante la interpretación el concepto SOLTERO*, más restringido y específico que —entre otros— excluye de su *denotata* referentes como el papa, el Dalai Lama, y así por el estilo.

La sobrespecificidad del contenido léxico se ciñe o limita en la interpretación mediante un proceso al que se llama *estrechamiento conceptual* y que ha sido estudiado hace tiempo por la psicología (Barsalou, 1987; Barsalou, 1993). Más recientemente, por la pragmática cognoscitiva por Carston (1996; 2002; 2003).

El caso opuesto, en el cual el concepto codificado subespecifica al concepto derivado pragmáticamente en la interpretación, ha sido abordado en los últimos años (Carston, 1996/1997; Carston, 2002; Sperber y Wilson, 1998; Sperber y Wilson, 2000/2002) a partir de ejemplos como los siguientes:

- (6) a. El sospechoso tiene cara *rectangular*.
- b. Juan es aquel hombre *calvo* de camisa blanca.
- c. Julieta es el *sol*.
- d. Mi padre me lo decía *continuamente*.

En contraposición a lo que sucede en los ejemplos en (5a-c), en (6a-d) el concepto comunicado tiene una denotación más amplia que la del concepto codificado lingüísticamente. La forma de la cara del sospechoso no corresponde al concepto RECTANGULAR codificado por la palabra *rectangular*, pues ninguna cara es un paralelogramo cuyos cuatro ángulos sean estrictamente rectos y sus lados contiguos, desiguales. El concepto RECTANGULAR se ajusta durante la interpretación ensanchando su denotación para incluir en él la forma de una cara. Se produce así un nuevo concepto RECTANGULAR*, derivado pragmáticamente en cada ocasión de uso. También el concepto CALVO se ajusta, relajando su denotación para construir un concepto CALVO* que abarca no solamente a sujetos que han perdido todo el cabello, sino a los que han perdido suficiente cantidad del mismo para poder ser identificados por medio de este rasgo.

Finalmente, en (6d) el concepto CONTINUAMENTE da paso a un concepto *ad hoc* CONTINUAMENTE*, derivado pragmáticamente durante la interpretación, que indica *con mucha frecuencia* y no *ininterrumpidamente*.

La subespecificidad del contenido conceptual codificado se resuelve pragmáticamente y da lugar a los usos conocidos como *habla suelta*, o *relajamiento conceptual*. Carston (2002) ha dado buenos argumentos para que ambos procesos se consideren como parte de la determinación del contenido explícito de un enunciado y no como parte de sus implicaturas, lo cual ha dado como resultado —entre otras consecuencias— una manera novedosa de concebir la metáfora, según la cual en (6c) el escucha construye un concepto SOL*, cuya denotación puede

incluir a un ser humano. A partir de este concepto *ad hoc*, es posible derivar las implicaturas propias de su interpretación.

Es decir, el trabajo de Carston señala que durante los procesos discursivos, las representaciones conceptuales relacionadas con las palabras se ajustan mediante tareas de inferencia para enriquecerlas o empobrecerlas de acuerdo con el contexto. Parece, entonces, haber dos maneras básicas en las que el contexto afecta el significado léxico. En los casos de empobrecimiento —ilustrados en (5)—, los conceptos se delimitan durante la interpretación: su *denotata* se hace más limitado y específico. En los casos de enriquecimiento —ejemplificados en (6)—, el *denotata* del concepto construido pragmáticamente es más amplio que el del concepto original.

Por lo demás, los dos tipos de modelación del significado léxico por influencia del contexto, pueden operar paralelamente durante la interpretación, según se ilustra en (7):

- (7) El poeta judío Chaim Nahman Bialik soñó con un estado en el que hubiera asesinos zionistas, prostitutas zionistas, truhanes zionistas. Israel, dijo, sólo sería normal cuando fuera tan corrupto y humano como cualquier otro estado en el mundo. Bueno, es humano ahora. Las víctimas del conflicto se han vuelto el problema. *Nosotros somos los judíos de los judíos*⁸ (David Hare, *Stuff Happens*, p. 60).

Además de tener implicaciones importantes para nuestra visión tanto del significado léxico como de la naturaleza de los conceptos y de la metáfora, esta maleabilidad del significado léxico hace ver que la subdeterminación lingüística es un fenómeno que atraviesa la comunicación desde el nivel de los contenidos implícitos hasta llegar a uno de los niveles más elementales de significado en el sistema: las palabras. Al parecer —más que un significado conceptual semántico, lingüístico, fijo e inmutable—, la inserción de las unidades léxicas en diferentes contextos es lo que determina su contribución al enunciado.

Este panorama conduce a la conclusión de que el contexto influye en absolutamente todos los niveles de significación de la comunicación.

⁸ La traducción es mía. En la obra teatral del que este ejemplo ha sido tomado, tales palabras son enunciadas por un académico palestino.

Así, resulta que la proporción de significado codificado respecto del significado aportado por el hablante es mucho menor de lo que originalmente se pensó.

Quiero destacar dos puntos a partir de esta afirmación. En primer lugar, los cuestionamientos actuales sobre la intrusión de la pragmática en el nivel de lo dicho permiten apreciar que la historia de los estudios en torno a la comunicación humana ha dado un vuelco notable. Hemos pasado de asumir que el sistema lingüístico suministra una componente relativamente gruesa de significado codificado (complementada por una pequeña porción de significado inferido durante la interacción), a la posición contraria. Hoy reconocemos que la comunicación humana opera con una medida más bien escasa de significados codificados, los cuales proporcionan evidencia palpable a partir de la cual los hablantes aportan un vasto caudal de significado inferido, al atribuir a los participantes en la comunicación intenciones informativas y comunicativas que expliquen su conducta verbal.

En segundo lugar, dado que las representaciones conceptuales correspondientes al significado codificado parecen tan maleables, surge la pregunta de hasta dónde el contexto puede contaminar el significado codificado en el sistema lingüístico. En otras palabras, ¿qué contiene una representación conceptual como significado lingüístico que sea distinguible con precisión de nuestro conocimiento enciclopédico? En el límite, el significado codificado, inmutable, estrictamente lingüístico y plenamente reconocible como distinto del conocimiento enciclopédico relacionado con una representación conceptual, parece desvanecerse. Todo nivel de significado codificado (de la palabra a la proposición) entraría en interacción con nuestro conocimiento del mundo haciendo imposible distinguir el conocimiento lingüístico del que no lo es. ¿Qué sentido tiene entonces distinguir entre *significado semántico*: determinado por el sistema de la lengua; y *significado pragmático*: de naturaleza extralingüística? ¿Cuál es el ámbito de la semántica lingüística? ¿Dónde inicia el objeto de estudio de la teoría pragmática? ¿Es pertinente todavía mantener teórica y metodológicamente esta distinción?

III. LA SUBDETERMINACIÓN LINGÜÍSTICA Y LA AUTONOMÍA DE LA GRAMÁTICA

A. Semántica y pragmática

La intensidad con la que el significado léxico se adapta al contexto, corrobora la dificultad de separar nítidamente el significado estrictamente lingüístico del que proviene de nuestro conocimiento enciclopédico, problema que ha resultado central para la teoría semántica a lo largo de su historia, y que ha recibido diversos tratamientos pero ninguna solución definitiva (Recanati, 1997, *inter alia*).

Si el conocimiento del mundo afecta de tal manera al significado léxico, el ámbito de la semántica léxica —estrictamente lingüística— no parece sino reducirse cada vez más. Casi parecería que para desarrollar una explicación teórica de la comunicación, bastaría con articular una teoría sintáctica, enriquecida con elementos semánticos mínimos, y una (buena y compleja) teoría pragmática, que dé cuenta de la manera como los contenidos subdeterminados por la sintaxis (y una semántica magra) se ajustan mediante la inferencia para obtener una interpretación completa a partir de las formas lógicas surgidas del sistema de la lengua.

Sin embargo, no todo el significado léxico es impregnado por el conocimiento del mundo de igual manera. El significado léxico no es una categoría unitaria ni en términos semánticos (Blakemore, 1987), ni sintácticos (Escandell Vidal y Leonetti, 2000), ni psicológicos (Wilson y Sperber, 2004; Blakemore, 2002), ni cognoscitivos (Wilson y Sperber, 2004), ni neurolingüísticos (Segalowitz y Lane, 2000; Cann, 2000). Los problemas a los que hacemos frente para separar el conocimiento lingüístico del enciclopédico en las representaciones conceptuales, no surgen —por ejemplo— con la categoría de las palabras funcionales; ello sugiere que podría haber dos tipos de semántica léxica.

Los sustantivos, verbos y adjetivos remiten a una representación conceptual, y lo cierto es que la estructura precisa de los conceptos nos resulta aún bastante enigmática. Sabemos que una dirección conceptual debe contener —o remitirnos a— información léxica, lógica y enciclopédica; pero más allá de eso, queda casi todo por esclarecer.

En contraste, palabras tales como los marcadores del discurso, los pronombres, los determinantes, los adverbios deícticos y los adverbios localizadores, no remiten a una representación conceptual. Tampoco lo hacen muchos elementos morfológicos con significado: las marcas de modalidad oracional, los tiempos y modos verbales, las partículas citativas y evidenciales, o la entonación y los mecanismos sintácticos que rigen la asignación de foco, aunque todos ellos contribuyen a la interpretación final con significado codificado.

Autores como Blakemore (1987; 2000; 2002) han hecho ver que estas palabras y marcas morfológicas no codifican conceptos, sino que más bien indican las formas en las que deben manipularse las representaciones conceptuales a las que remiten las palabras. Se sostiene por ello que estos elementos codifican instrucciones de procedimiento. Tal distinción —fundamentalmente semántica— se acerca bastante a la distinción entre elementos funcionales y elementos léxicos, mas no es coexistente con ella.⁹ Además, posee correlatos cognoscitivos y neurolingüísticos que la fundamentan, sobre los cuales no abundaré aquí (cf. Wilson y Sperber, 2004; Segalowitz y Lane, 2000; Cann, 2000). El punto importante de resaltar para los objetivos de este trabajo es que —a diferencia de los vocablos conceptuales— las palabras que codifican instrucciones de procedimiento no se ven afectadas por el contexto ni por la información enciclopédica.

En contraposición a lo que ocurre con el significado conceptual, el significado procedimental no puede ajustarse de acuerdo con el contexto de emisión. No sólo esto, sino que el significado procedimental obliga a ajustar el contexto de interpretación (Curcó, 2004). Los elementos procedimentales tienen una semántica rígida, inalterable. Cuando se presenta un conflicto entre un elemento con significado conceptual y otro con significado procedimental, el primero siempre se subordina al segundo. Invariablemente, lo procedimental impone sus condiciones a la interpretación: las instrucciones codificadas permanecen tal cual y obligan a insertar en el contexto los supuestos necesarios para satisfacerlas. Podemos hablar así de una *semántica léxica dura* y de

⁹ Leonetti y Escandell (2004) muestran que no puede identificarse al significado de procedimiento con las categorías funcionales o cerradas. Por ejemplo, las preposiciones plenas (pertenecientes a clases cerradas) remiten a representaciones conceptuales.

una *semántica léxica blanda*, que corresponden respectivamente al significado codificado por las palabras procedimentales y al significado codificado por las palabras conceptuales.

Ejemplos de lo anterior son las inferencias puente que se realizan con los artículos definidos de primera mención, los cuales obligan a encontrar un referente para el sintagma nominal. Por ejemplo, al escuchar la grabación que repite *Mind the gap* en el metro londinense, aunque no se sepa con anterioridad que hay un espacio considerable entre el vagón y el andén, es necesario que el escucha aporte la información sobre su existencia al contexto de interpretación para poder dar sentido al enunciado.

Encontramos un ejemplo más de esta rigidez en los marcadores discursivos. Como caso concreto que ilustra el fenómeno con claridad, podemos señalar el uso de *siempre* en el español de México en su función de marcador discursivo. Por ejemplo, en enunciados como “Siempre decidí quedarme aquí y no ir al viaje”, quien interpreta este enunciado se ve obligado a introducir en el contexto la información de que en un momento previo el sujeto enunciadador tuvo duda entre permanecer en el sitio o viajar. No importa que el escucha no cuente con el conocimiento previo correspondiente; al escuchar *siempre*, él aporta dicha asunción contextual, la construye en el acto y la acepta como verdadera (Curcó, 2004). Ello constituye una de las pruebas de que la palabra *siempre* no opera aquí con su significado conceptual habitual como adverbio temporal, sino que ha adquirido un significado de procedimiento que codifica una instrucción sobre los elementos que deben considerarse como parte del contexto de *interpretación*.¹⁰

Finalmente, podemos pensar en los llamados *fenómenos de coacción* (Escandell Vidal y Leonetti, 2000; Escandell Vidal y Leonetti, 2002), como los que ocurren cuando el aspecto léxico entra en conflicto con el tiempo verbal. Al combinar un predicado inherentemente atético o

¹⁰ Como ejemplo, reproduzco aquí un intercambio real que he discutido en otra parte (Curcó, 2004).

Contexto: Juan, Pedro y María toman un café. Pedro es un amigo común de María y Juan, pero acaban de conocerse. María no sabe nada sobre Pedro.

Juan: ¿Siempre aceptaste el trabajo en Banxico?

Pedro. Sí.

María: ¡Cómo! ¿Habías dudado? Tienen las mejores prestaciones.

estativo con un tiempo verbal perfectivo, se registra una contradicción entre la instrucción temporal procedimental y el aspecto léxico. Esperaríamos entonces ajustes en ambas direcciones, que producirían dos lecturas posibles: una en la cual el aspecto léxico impone sus rasgos al tiempo verbal, y otra en la que éste los impone al aspecto léxico.

Así, en un enunciado como “Entonces Juan creyó lo que ella le decía”, tendríamos en disposición una interpretación imperfectivizada que podría parafrasearse como “¿Entonces Juan tenía el estado mental de creencia respecto de lo que ella le decía”; y otra, producto de una lectura eventiva del aspecto verbal imperfectivo, que introduce el rasgo de incoatividad, parafraseable como “Entonces adquirió el estado mental de creer lo que ella le decía”. Los principios pragmáticos deberían elegir entre ambas en contextos alternativos.

Sin embargo, los procesos semánticos no permiten que la pragmática derive ambas interpretaciones a partir de la forma del enunciado. La semántica no produce dos formas lógicas distintas (correspondientes a cada una de las interpretaciones), ni una que podamos completar pragmáticamente para obtener ambas lecturas en contextos diferentes. En realidad, sólo la última interpretación es posible, lo cual indica la primacía de la semántica procedimental sobre la conceptual (Leonetti y Escandell Vidal, 2004; De Swart, 1998).

Dado que poseen sólo rasgos computacionales y no representacionales, las palabras que codifican procedimientos no tienen vínculos con el conocimiento enciclopédico. No hay conexión entre el conocimiento semántico lingüístico codificado en los elementos procedimentales y lo que sabemos del mundo. Aun cuando la capa semántica en las palabras que codifican conceptos sea muy tenue —y a pesar de que el conocimiento del mundo infiltre extensamente el conocimiento semántico léxico en la esfera conceptual—, la existencia del significado de procedimiento (con su semántica rígida) hace pensar que en el nivel del significado hay una distinción sostenible entre el conocimiento estrictamente lingüístico y el no lingüístico, aunque en las palabras de contenido conceptual la delimitación de ambos no sea siempre sencilla. Constituye, por ello, una buena razón para no fundir sin más los ámbitos de la semántica y de la pragmática. La forma exacta en

que deba trazarse la separación entre ambos niveles y las consecuencias teóricas y metodológicas quedan todavía por definirse.

IV. LA SUBDETERMINACIÓN LINGÜÍSTICA: GRAMÁTICA Y DISCURSO

Hasta aquí he defendido la conveniencia de mantener la distinción entre *sistema lingüístico* y *uso de la lengua* en el ámbito del significado, área en la que la dificultad de salvaguardarla resulta más patente. Sin embargo, la preocupación en torno a la pertinencia y posibilidad de sostener la línea divisoria entre *sistema* y *uso* afecta también a la gramática misma.

Como se sabe, el hincapié en la necesidad de tal distinción fue establecido por Saussure (1916), y reforzado —aunque desde otra óptica— por Chomsky (1957). No obstante, en diversas etapas del desarrollo tanto de la lingüística como de los estudios sobre el discurso y la comunicación, la dicotomía clásica entre *lengua* (conocimiento de la lengua, competencia, sistema, facultad del lenguaje, gramática) y *habla* (uso de la lengua, actuación, discurso) ha sido cuestionada. El recuerdo más vívido de esta tendencia es la trayectoria de la semántica generativa en los años setenta. Entonces, desde diversos ángulos se cuestionó la existencia de una frontera precisa entre la sintaxis y la semántica; por ejemplo, McCawley (1968), Lakoff (1973).

No obstante, a pesar del entusiasmo con el que durante algunos años se fueron desvaneciendo una a una casi todas las fronteras y dicotomías surgidas a raíz de la postulación de la independencia estricta de la gramática, el final de la década de los setenta encontró a dicha tendencia en una situación menos festiva. Para manejar la inmensa cantidad de fenómenos de significado y uso que parecían influir en la gramática, resultaba necesario postular nuevos tipos de reglas, hasta un punto tal en el que éstas proliferaron con exceso insostenible. Como es sabido, el marco teórico y analítico desarrollado por la semántica generativa resultó entonces tan general que no parecía haber ningún fenómeno capaz de falsificarlo. Poco a poco, para finales de los años

setenta, las distinciones que habían resultado tan sospechosas empezaban a aceptarse nuevamente.¹¹

No obstante, la Historia tiende a volver sobre sus pasos. También la del conocimiento. Treinta años más tarde, los dilemas en torno a la relación entre *sistema lingüístico* y *discurso* han revivido con nuevo vigor. Muchos modelos rechazan hoy una distinción tajante entre *conocimiento* y *uso del lenguaje*; por ejemplo, la lingüística cognoscitiva (Langacker, 1987); el funcionalismo (Bybee y Hopper, 2001); las implementaciones estocásticas de la teoría de la *optimidad* (Bresnan *et al.*, 2001); y la *conexionismo* (Rumelhart y McClelland, 1986; MacWhinney, 2000).

Cada vez más, la estructura del sistema lingüístico tiende a verse no como algo autónomo, sino fluido y cambiante. El concepto de *gramática emergente*, acuñado por Hopper (1987) la concibe como un proceso permanente de organización que arroja estructuras y representaciones mentales inestables, las cuales se manifiestan estocásticamente. Las representaciones mentales se conciben hoy sólo como entidades en continua transformación que se adaptan incesantemente al uso. Para algunos, la gramática no tiene existencia autónoma más allá del almacenamiento local y del procesamiento en tiempo real (Bybee y Hopper, 2001). Estas ideas han modelado el pensamiento no sólo de los lingüistas funcionalistas y cognoscitivistas: también han tenido repercusión en la tradición generativa. Además, aparentemente, la dicotomía entre *competencia* y *actuación* es concebida hoy como un error conceptual también entre la mayor parte de los psicolingüistas (Newmeyer, 2003).

Hay tres razones fundamentales que han motivado este nuevo giro tendiente a fundir *gramática* y *discurso* (Newmeyer, *ibid.*). En primer lugar, la evidencia contundente de que muchos aspectos importantes de las gramáticas se hallan efectivamente motivados por consideraciones

¹¹ La semántica generativa fracasó por dos razones fundamentales. La primera: el sistema resultante permitía procesos de tal poder que la teoría parecía vacua e imposible de falsear. La segunda: en los hechos, casos muy sencillos resultan contraejemplos poderosos a las predicciones de la hipótesis de preservación de significados. Entre los más notables están los pares de oraciones activas y sus correspondientes pasivas con más de un cuantificador, por ejemplo *a)* Muchos hombres leen pocos libros; y *b)* Pocos libros son leídos por muchos hombres. Si ambas se relacionan por la transformación pasiva, entonces las transformaciones sí producen cambios de significado (cf. Smith, 1989; Salkie, 1990).

de uso y procesamiento. En segunda instancia, la corroboración de que los usuarios de las lenguas son sensibles a la frecuencia de ocurrencia de las formas gramaticales, sobre todo en los fenómenos de variación tanto sincrónica como diacrónica. Finalmente, la existencia de datos que exhiben la disparidad entre las oraciones generadas por las gramáticas y los enunciados efectivamente producidos por sus usuarios.

Sin embargo, hay dos tipos de hechos que permiten argumentar la necesidad de mantener la separación entre gramática y uso: la evidencia empírica y los argumentos evolutivos sobre el origen y desarrollo del lenguaje. En cuanto a los primeros, en una lúcida discusión que toma en cuenta elementos del comportamiento de los sujetos y de la tipología de las lenguas, Newmeyer (2003) logra demostrar que —por encima de lo que es visible en el uso y las frecuencias con las que ocurren ciertas estructuras— los hablantes son sensibles a la estructura gramatical de los enunciados, con lo cual concluye que la estructura gramatical se representa cognitivamente por completo. No hay espacio aquí para reproducir su esclarecedora presentación de la problemática y su robusta argumentación, pero interesa resaltar la importancia que cobra en el debate que permanece abierto.

V. LA COMUNICACIÓN Y EL DISCURSO:

ARTICULACIÓN DE DOS SISTEMAS DIFERENCIADOS

El panorama que surge de lo expuesto hasta aquí es que la gramática mental (incluida la semántica) tiene un grado de autonomía que es necesario asumir al tomarla como objeto de estudio y como elemento fundamental de la comunicación humana. Se trata de un sistema cuyo funcionamiento arroja representaciones conceptuales incompletas, producto de la operación de reglas sintácticas y contenidos semánticos magros.

Ahora bien, los sistemas lingüísticos humanos difieren notablemente de los códigos de la comunicación animal. Estos últimos no despliegan la subdeterminación que exhiben las gramáticas de las lenguas naturales. Por el contrario, en ellos casi siempre hay un apareamiento directo entre tipo de señal y tipo de mensaje. En este sentido —en tanto códigos—,

las gramáticas humanas son sistemas deficitarios; esto obliga a preguntarse por qué razón la evolución favoreció su implantación, es decir: ¿qué hizo ventajoso un sistema incompleto en contraposición a un código bien determinado?

Además, en la mayor parte de los casos los códigos animales son genéticamente transmitidos. En general, hay en ellos muy pocos elementos sujetos al aprendizaje; cuando los hay, se restringen a un tipo de señal. En el caso de las lenguas humanas —en contraste—, el léxico y sus particularidades deben ser aprendidos: no están en el genoma. Incluso asumiendo que la sintaxis surja de la fijación de parámetros o de cualquier otra modalidad de gramática universal cuya adquisición esté genéticamente restringida, se trata de un aprendizaje de mecanismos más refinados que los que conforman los códigos empleados en la comunicación animal. En otras palabras, mientras en el caso de los animales el código de comunicación se transmite genéticamente, en el caso de los seres humanos lo que se transmite genéticamente no es un código (o una lengua dada) sino la facultad de adquirirla. Esta observación sencilla despierta una pregunta más: ¿por qué resultó más ventajoso para el genoma codificar una facultad de adquisición de lenguaje que fijar la lengua misma?

Para ninguna de estas dos preguntas hay respuestas sencillas; en todos los casos, la indagación en torno a ellas resulta altamente especulativa. De cualquier modo, una posible causa por la cual el código no se transmite genéticamente radica en que la cantidad de información lexicalizable que el entorno social humano sugiere es mucho mayor que lo que puede almacenarse en el genoma (Tooby y Cosmides, 1990). Además —y de manera más importante—, los códigos se caracterizan por su rigidez. Es decir, un código es eficiente si —por un lado— determina por completo el mensaje que ha de comunicarse y —por el otro— si la cantidad de mensajes que se requiere comunicar es finita. Un código bien determinado no es útil para comunicar mensajes nuevos.

Un código que subdetermina el mensaje relacionado es flexible: hace posible que la emisión de cada una de sus formas sea capaz de expresar no sólo un mensaje, sino una diversidad de mensajes. Justamente lo que ocurre con las gramáticas humanas. No obstante, un código así sólo resultará eficiente en la medida en la que coexista con un mecanismo

complementario (diferenciado del código mismo) que permita —por una parte— vislumbrar la diversidad de mensajes posibles asociables a cada emisión codificada y —por otra— elegir entre ellas la que mejor refleje las intenciones comunicativas del usuario del código: precisamente lo que ocurre en la especie humana, y que parece correr por cuenta de un sistema encargado de efectuar la inferencia pragmática.

El hecho de que —a diferencia de los códigos que participan en la comunicación animal— las lenguas humanas puedan aprenderse les otorga un nivel de riqueza de contenido que no encontramos en los sistemas de otras especies. Por ello muchos autores piensan que debemos enfocarnos en dicho rasgo al estudiar las funciones adaptativas de los sistemas lingüísticos que los llevaron a evolucionar de la manera como lo hicieron. Los efectos adaptativos de la comunicación son muchos: la posibilidad de transmitir rumores, de formar alianzas, de cooperar. . . ; empero, todos ellos parecen ser beneficios indirectos de la función básica de poder ser aprendidos. Por ello, probablemente la función adaptativa principal de la facultad del lenguaje no haya sido la comunicación, sino permitir el aprendizaje de una lengua específica (Sperber y Origgi, en prensa, *inter alia*).¹² Si tal hipótesis es acertada —a pesar de que muchas de las estructuras gramaticales de los sistemas lingüísticos estén afectadas por consideraciones de *uso* y *procesamiento*—, sus efectos estarían siempre condicionados por los requisitos impuestos por la *adquisición*.

El punto más importante que hemos de resaltar aquí es que el uso de un código deficitario como éste en la comunicación intraespecífica, sólo parece haber podido tener lugar en el marco de una especie con la capacidad previa de atribuir intenciones a otros miembros de la especie, y de representar mentalmente no sólo objetos y hechos del entorno, sino otras representaciones mentales. Tal capacidad es la que permite a los seres humanos interpretar las conductas de otros (incluidas las conductas verbales) en términos de intenciones y estados mentales.

Además —al operar dentro de un sistema que puede recurrir a la inferencia—, la lengua puede salvar un obstáculo más que surge en la comunicación humana: el tiempo de articulación. El procesamiento del

¹² Entiendo aquí por *adaptación evolutiva* un rasgo que debe su existencia a su función.

discurso es muy lento: abarca sólo 100 bits por segundo, a diferencia de los miles que puede manejar una computadora sencilla. El resultado es que los hablantes tienen que empaquetar tanta información como puedan en el menor lapso posible, lo cual inevitablemente trae consigo un alto índice de ambigüedad y subdeterminación en los enunciados (Sperber y Origgi, en prensa).

Dichas restricciones acaso constituyen parte de lo que ha conducido a los seres humanos a desarrollar sistemas de inferencia muy complejos para transmitir significados mucho más complejos y variados que lo que podría comunicarse exclusivamente con recursos gramaticales en un lapso de tiempo razonable. Como indica Levinson: “La inferencia es barata; la articulación, costosa. Por ello los requerimientos de diseño son los de un sistema que maximiza la inferencia” (2000: 29).

Hay dos maneras —no necesariamente excluyentes— de concebir la facultad del lenguaje, es decir: la gramática. La primera es visualizarla como una abstracción que el analista efectúa, sin realidad psicológica necesaria. La segunda es como un rasgo biológico. Si la entendemos de este último modo, su función principal —efectivamente— no parece ser la comunicación. No es la facultad del lenguaje misma lo que sustenta la comunicación, sino el dominio de una lengua concreta, combinado con competencias cognoscitivas y sociales particulares. Así, la comunicación es solamente un efecto indirecto de la facultad del lenguaje.

Si —como sostienen algunos— la función principal de la facultad del lenguaje es permitir la adquisición de una lengua, la función primera del dominio de una lengua natural específica es permitir la comunicación verbal. Resulta así que la autonomía del código y su insuficiencia no son contradictorias, sino que la una presupone a la otra. La autonomía permite que el código sea aprendido; la insuficiencia da pie a la riqueza semántica que surge de la combinación del código y la inferencia determinada por competencias sociales y cognoscitivas independientes.

VI. LA TEORÍA DE LA MENTE Y LA POSIBILIDAD DE UN MÓDULO PRAGMÁTICO

Antes de concluir, quiero abordar muy brevemente el lugar que parecen ocupar los procesos pragmáticos en nuestra cognición.

Aunque no es unánime, hay una tendencia en el campo de las ciencias cognitivas hacia una visión más modularizada de la mente, que va acompañada de una disposición a adoptar una acepción del concepto de *módulo* más relajada que la definición planteada por Fodor (1983) hace más de dos décadas.

Actualmente se acepta que un módulo puede ser simplemente un sistema computacional específico y autónomo para procesar estímulos de un dominio particular, o para realizar tareas delimitadas con cierta velocidad, sin exigir necesariamente que sea impenetrable a la información proveniente de otros dominios, y sin imponerle otros rasgos que fueron parte de la definición original de *módulo*.¹³

Aunque una actividad cognoscitiva puede *modularizarse* a lo largo del desarrollo (es el caso de la lectura, o la natación), hay razones para pensar que muchas estructuras modulares poseen un componente genético importante. Las presiones de selección que conducen al surgimiento de sistemas cognoscitivos en el transcurso del tiempo evolutivo también deben tender a que tales sistemas sean más eficientes —y a que se ajusten de manera más fina— mediante mecanismos dedicados específicamente al tratamiento de los problemas y oportunidades de los que éstos se encargan.

La información y evaluación de hipótesis acerca de las intenciones y estados mentales de otros sujetos en la interpretación pragmática es un complejo proceso racional que debe estar guiado por uno o varios sistemas cognoscitivos. En la literatura contemporánea se han planteado tres posibilidades al respecto.

La primera consiste en que los procesos de inferencia pragmática estén controlados por procesos centrales en el sentido de Fodor (1983) (Sperber y Wilson, 1986). La segunda, en que los procesos de inferencia pragmática se rijan por un módulo mental especializado, dedicado a la

¹³ Por supuesto, la utilidad teórica de esta nueva noción queda por esclarecerse.

atribución de estados mentales a otros a partir de su conducta observable. Dicho mecanismo general ha recibido el nombre de *teoría de la mente* (Astington, Harris y Oslon, 1988; Davies y Stone, 1995; Carruthers y Smith, 1996), y tal vez procesara tanto los estímulos ostensivos como otro tipo de conductas. La tercera —mucho más reciente— consiste en que los procesos de inferencia pragmática sean realizados por un módulo más especializado todavía, dedicado exclusivamente a procesar estímulos ostensivos, con principios y mecanismos de operación propios. Un módulo así pudo haber evolucionado como especialización del módulo más general que controla las habilidades de lectura de la mente (Wilson y Sperber, 2002; Sperber, 2000), cuyo dominio de operación no se halla restringido a los estímulos ostensivos. Esta última postura ha sido convincentemente defendida por Wilson y Sperber (2002), quienes muestran que no es factible que la interpretación del discurso consista simplemente en combinar la descodificación y aplicar habilidades generales de lectura de la mente a un dominio particular (el comunicativo) y ofrecen una propuesta detallada del funcionamiento de un módulo mental específicamente dedicado a la interpretación discursiva, delineando su posible origen evolutivo así como los principios y mecanismos que parecen regir su funcionamiento.

La discusión de cada una de tales posibilidades rebasa la intención de este trabajo. Baste concluir que —aunque nuestra visión tanto del sistema de la lengua como de la comunicación dista mucho de ser completa— hemos dado grandes pasos en las últimas décadas que exigen la unificación de los avances en ciencias cognoscitivas, en evolución, en lingüística y en pragmática.

VII. CONCLUSIONES

Tanto la evidencia teórica (apoyada en consideraciones de tipo evolutivo) como la empírica (basada en observaciones sobre el comportamiento de la gramática y los aspectos semánticos del código lingüístico) señalan la utilidad de preservar la distinción entre la *facultad del lenguaje* y el *discurso*. En tanto que exista en operación un sistema de interpretación de conductas en términos de estados mentales e intenciones, la

comunicación ostensiva es posible, incluso en ausencia de un código. No obstante, la existencia de un código como el sistema lingüístico confiere a la comunicación un grado de complejidad y un nivel de riqueza expresiva que no serían imaginables sin la subdeterminación que hemos descrito. Por otra parte, no es fácil entender que las lenguas naturales pudieran ser aprendidas en toda su complejidad si la gramática no poseyera cierta autonomía y no estuviera representada mentalmente.

Si estamos dispuestos a aceptar que la principal función adaptativa de la facultad del lenguaje consiste en capacitar al individuo para adquirir (o aprender) una lengua natural dada, y que la función adaptativa de la posesión de una lengua específica es la comunicación compleja (la cual no puede darse más que en presencia de un sistema de reconocimiento de intenciones veloz y eficaz), entonces la autonomía y la insuficiencia de la lengua —lejos de ser contradictorias— resultan aspectos complementarios, necesarios y no contingentes, que esperaríamos encontrar en un sistema sujeto a las presiones de la selección natural.

A pesar de que hoy tenemos más preguntas que respuestas, el camino que ha tomado la investigación sobre la relación entre la gramática y su uso parece avanzar por terreno fértil para la construcción de teorías que relacionen las propiedades de las oraciones con las de los enunciados, en tanto que dichas propiedades representan las dos facultades que más notablemente distinguen a la especie humana: la facultad del lenguaje, y la capacidad de atribuir estados mentales a otros.

BIBLIOGRAFÍA

- ASTINGTON, Janet W.; Paul L. Harris; y David R. Olson, comps. *Developing Theories of Mind*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.
- ATLAS, Jay David. *Philosophy without Ambiguity: A Logico-Linguistic Essay*. Clarendon Library of Logic and Philosophy. Oxford: Clarendon Press, 1989.
- . *Logic, Meaning, and Conversation: Semantical Underdeterminacy, Implicature, and their Interface*. Oxford: Oxford University Press, 2005.

- BACH, K. "Conversational Implicature". *Mind and Language* 9 (1994): 124-162.
- BARSALOU, Lawrence W. "The Instability of Graded Structure in Concepts". En *Concepts and Conceptual Development: Ecological and Intellectual Factors in Categorization*, compilado por Ulrich Neisser, 101-140. Nueva York: Cambridge University Press, 1987.
- _____. "Flexibility, Structure, and Linguistic Vagary in Concepts: Manifestations of a Compositional System of Perceptual Symbols". En *Theories of Memory*, compilado por Alan F. Collins, Susan E. Gathercole, Martin A. Conway, y Peter E. Morris, 29-101. Londres: Lawrence Earlbaum, 1993.
- BICKERTON, Derek. *Language and Species*. Chicago: University of Chicago Press, 1990.
- BLAKEMORE, Diane. *Semantic Constraints on Relevance*. Oxford: Blackwell, 1987.
- _____. "Indicators and Procedures: 'Nevertheless' and 'But'". *Journal of Linguistics* 36 (2000): 463-486.
- _____. *Linguistic Meaning and Relevance: The Semantics and Pragmatics of Discourse Markers*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- BRESNAN, J.; S. Dingare; y C. Manning. "Soft Constraints Mirror Hard Constraints: Voice and Person in English and Lummi". En *Proceedings of the LFG-01 Conference*, compilado por M. Butt y T. King, 13-32. Stanford, CA: CSLI Publications, 2001.
- BYBEE, Joan L., y Paul Hopper, comps. *Frequency and the Emergence of Linguistic Structure*. Typological Studies in Language. Amsterdam: John Benjamins, 2001.
- CANN, R. "Functional versus Lexical: A Cognitive Dichotomy". En *Syntax and Semantics. 32: The Nature and Function of Syntactic Categories*, compilado por Robert D. Borsley, 37-78. San Diego: Academic Press, 2000.
- CARRUTHERS, Peter, y Peter K. Smith, comps. *Theories of Theories of Mind*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- CARSTON, Robyn. "Enrichment and Loosening: Complementary Processes in Deriving the Proposition Expressed?". *University College London Working*

- Papers in Linguistics* 8 (1996/1997): 205-232. Reimpreso en *Linguistische Berichte* 8, Special Issue on Pragmatics, 103-127.
- _____. *Thoughts and Utterances—The Pragmatics of Explicit Communication*. Oxford: Blackwell, 2002.
- _____. “Metaphor, *Ad Hoc* Concepts and Word Meaning—More Questions than Answers”. *University College London Working Papers in Linguistics* 15 (2003).
- _____. “Relevance Theory and the Saying/Implicating Distinction”. En *Handbook of Pragmatics*, compilado por Laurence Horn y Gregory Ward, 633-656. Oxford: Blackwell, 2004.
- CHOMSKY, Noam. *Syntactic Structures*. La Haya: Mouton, 1957.
- CURCÓ, Carmen. “Procedural Constraints on Context Selection: ‘Siempre’ as a Discourse Marker”. En *Current Trends in Spanish Linguistics*, compilado por Rosina Márquez Reiter, María Elena Plascencia. Amsterdam: John Benjamins, 2004.
- DAVIES, Martin, y Tony Stone, comps. *Mental Simulation: Evaluations and Applications—Reading in Mind and Language*. Readings in Mind and Language. Oxford: Blackwell, 1995.
- DUCROT, Oswald. *Dire et ne pas dire: Principes de sémantique linguistique*. París: Hermann, 1972.
- ESCANDELL VIDAL, María Victoria, y Manuel Leonetti. “Categorías funcionales y semántica procedimental”. En *Cien años de investigación semántica: de Michel Bréal a la actualidad*, 363-378. Tomo 1. Madrid: Ediciones Clásicas, 2000.
- _____. “Coercion and the Stage/Individual Distinction”. En *From Words to Discourse*. Volumen 10: *Trends in Spanish Semantics and Pragmatics*, compilado por Javier Gutiérrez-Rexach, 159-180. Oxford: Elsevier, 2002.
- FODOR, Jerry A. *The Modularity of Mind*. Cambridge, MA: Massachusetts Institute of Technology Press, 1983.
- _____. *Concepts: Where Cognitive Science Went Wrong*. Oxford: Clarendon Press, 1998.
- GENTNER, Dedre; Keith S. Holyoak; y Boicho N. Kokinov, comps. *The Analogical Mind: Perspectives from Cognitive Science*. Cambridge, MA: Massachusetts Institute of Technology Press, 2001.

- GIBBS, Raymond W., Jr. *The Poetics of Mind: Figurative Thought, Language, and Understanding*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- GRICE, Herbert Paul. "Logic and Conversation". En *William James Lectures*. Harvard University, 1967.
- _____. "Logic and Conversation". En *Syntax and Semantics*. 3: *Speech Acts*, compilado por Peter Cole y Jerry L. Morgan, 41-58. Londres: Academic Press, 1975.
- _____. *Studies in the Way of Words*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1989a.
- _____. "Meaning". *Philosophical Review* 66 (1957/1989): 377-388. Reimpreso en *Studies in the Way of Words*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1989b.
- HOPPER, P. "Emergent Grammar". *Berkeley Linguistics Society* 13 (1987): 139-157.
- HORN, Laurence R., y Gregory Ward. *Handbook of Pragmatics*. Oxford: Blackwell, 2004.
- HURFORD, James R.; Michael Studdert-Kennedy; y Chris Knight, comps. *Approaches to the Evolution of Language: Social and Cognitive Bases*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LAKOFF, George. "Fuzzy Grammar and the Performance/Competence Terminology Game". *Chicago Linguistics Society* 9 (1973): 271-291.
- _____. "The Contemporary Theory of Metaphor". En *Metaphor and Thought*, compilado por Andrew Ortony, 202-251. 2a. ed. Nueva York: Cambridge University Press, 1993.
- LAKOFF, George, y Mark Johnson. *Philosophy in the Flesh: The Embodied Mind and its Challenge to Western Thought*. Nueva York: Basic Books, 1999.
- LANGACKER, Ronald. *Foundations of Cognitive Grammar*. Volumen 1: *Theoretical Perspectives*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1987.
- LEONETTI, Manuel, y María Victoria Escandell Vidal. "Semántica conceptual/semántica procedimental". En *Actas del Quinto Congreso de Lingüística General*. Madrid: Arco, 2004.

- LEVINSON, Stephen C. *Presumptive Meanings: The Theory of Generalized Conversational Implicature*. Language, Speech, and Communication. Cambridge, MA: Massachusetts Institute of Technology Press, 2000.
- MACWHINNEY, Brian. "Connectionism and Language Learning". En *Usage-Based Models of Language*, compilado por Michael Barlow y Suzanne Kemmer, 121-149. Stanford, CA: CSLI Publications, 2000.
- MARTEN, Lutz. *At the Syntax-Pragmatics Interface: Verbal Underspecification and Concept Formation in Dynamic Syntax*. Oxford Studies in Theoretical Linguistics. Oxford: Oxford University Press, 2002.
- MCCAWLEY, James. "The Role of Semantics in a Grammar". En *Universals in Linguistic Theory*, compilado por Emmon W. Bach y Robert Thomas Harms. Londres: Holt, Rinehart and Winston, 1968.
- NÉMETH T., Eniko, y Karoly Bibok. *Pragmatics and the Flexibility of Word Meaning*. Current Research in the Semantics/Pragmatics Interface. Volumen 8. Amsterdam: Elsevier, 2001.
- NEWMAYER, Frederick J. *Language Form and Language Function*. Language, Speech, and Communication. Cambridge, MA: Massachusetts Institute of Technology Press, 1998.
- _____. "Grammar is Grammar and Usage is Usage". *Language* 79, núm. 4 (2003): 682-707.
- ORTONY, Andrew, comp. *Metaphor and Thought*. 2a. ed. Nueva York: Cambridge University Press, 1993.
- PALMER, Frank Robert. *Grammar and Meaning: Essays in Honour of Sir John Lyons*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- PINKER, Steven. *Learnability and Cognition: The Acquisition of Argument Structure*. Learning, Development, and Conceptual Change. Cambridge, MA: Massachusetts Institute of Technology Press, 1989.
- _____. *The Language Instinct: How the Mind Creates Language*. Londres: Penguin, 1995.
- RECANATI, François. "The Pragmatics of What is Said". *Mind and Language* 4 (1989): 97-120.
- _____. *Direct Reference: From Language to Thought*. Oxford: Blackwell, 1993.

- _____. “La polysémie contre le fixisme”. *Langue Française* 113 (1997): 107-123.
 - _____. “Does Linguistic Communication Rest on Inference?”. *Mind and Language* 17, núms. 1/2 (2002a): 105-126.
 - _____. “Unarticulated Constituents”. *Linguistics and Philosophy* 25 (2002b): 299-345.
 - _____. “Embedded Implicatures”. *Philosophical Perspectives* 17, núm. 1 (2003): 299-332.
 - _____. “‘What is Said’ and the Semantics/Pragmatics Distinction”. En *The Semantics/Pragmatics Distinction*, compilado por Robyn Carston y Claudia Bianchi, 45-64. Stanford: Center for the Study of Language and Information-Lecture Notes, 2004.
- RUMELHART, David, y James L. McClelland. “On Learning the Past Tenses of English Verbs”. En *Parallel Distributed Processing: Explorations in the Microstructure of Cognition*. Volumen 2: *Psychological and Biological Models*, compilado por James L. McClelland, David Rumelhart y el PDP Research Group, 216-271. Cambridge, MA: Massachusetts Institute of Technology Press, 1986.
- SALKIE, Raphael. *The Chomsky Update*. Londres: Routledge, 1990.
- SEGALOWITZ, Sidney J., y K. C. Lane. “Lexical Access of Content *versus* Function Words”. *Brain and Language* 35 (2000): 376-389.
- SMITH, Neil. *The Twitter Machine: Reflections on Language*. Oxford: Blackwell, 1989.
- SPERBER, Dan. “Metarepresentations in an Evolutionary Perspective”. En *Metarepresentations: A Multidisciplinary Perspective*, compilado por Dan Sperber, 117-137. Vancouver Studies in Cognitive Science. Oxford: Oxford University Press, 2000.
- SPERBER, Dan, y G. Origgi. “Qu’est ce que la pragmatique peut apporter à l’étude de l’évolution du langage?”. En *L’origine de l’homme, du langage et des langues*, compilado por Jean-Marie Hombert. En prensa.
- SPERBER, Dan, y Deirdre Wilson. *Relevance: Communication and Cognition*. Oxford: Blackwell, 1986/1995.
- _____. “The Mapping between the Public and the Mental Lexicon”. *University College London Working Papers in Linguistics* 9 (1998): 107-125.

- STANLEY, J. "Context and Logical Form". *Linguistics and Philosophy* 23 (2000): 391-434.
- _____. "Making it Articulated". *Mind and Language* 17, núms. 1 & 2 (2002): 149-168.
- SWART, Henriette de. "Aspect Shift and Coercion". *Natural Language and Linguistic Theory* 16 (1998): 347-385.
- TOOBY, John, y Leda Cosmides. "On the Universality of Human Nature and the Uniqueness of the Individual: The Role of Genetics and Adaptation". *Journal of Personality* 58 (1990): 17-67.
- TRAUGOTT, Elizabeth Closs. "Historical Pragmatics". En *The Handbook of Pragmatics*, compilado por Laurence R. Horn y Gregory Ward, 538-561. Oxford: Blackwell, 2004.
- VEGA MORENO, R. "Metaphor Interpretation and Emergence". *University College London Working Papers in Linguistics* 16 (2004): 297-322.
- WHARTON, T. "Natural Pragmatics and Natural Codes". *UCL Working Papers in Linguistics*. 13 (2001): 110-161.
- _____. "Lexical Acquisition and Pragmatics". *University College London Working Papers in Linguistics* 16 (2004): 323-341.
- WILSON, Deirdre. "Relevance and Lexical Pragmatics". *University College London Working Papers in Linguistics* 16 (2004): 343-360.
- WILSON, Deirdre, y Dan Sperber. "Pragmatics, Modularity and Mind Reading". *Mind and Language* 17 (2002): 3-23.
- _____. "Relevance Theory". En *The Handbook of Pragmatics*, compilado por Laurence R. Horn y Gregory Ward, 607-632. Oxford: Blackwell, 2004.